

ESCRIBE!
JOSEFINA
CARABIAS



GALLINAS Y ORQUESTAS

—¿Te convences de que deberíamos haber telefonado antes de venir? Ahí tienes el resultado. En lugar de la comedia que queríamos ver nos largan un concierto... ¡Memuda tabarra!

Efectivamente, era una orquesta lo que veíamos en el escenario del teatro María Guerrero. Los músicos tocaban la "Primavera", de Vivaldi, escuchada con gusto por los aficionados a la música. Pero contrariaba a los que hubieran preferido ver lo que se nos anunció: el estreno de una comedia.

—¡Si ya te lo dije! Pero tú no acabas de convencerte de que yo siempre tengo razón ni de que no hay estreno sin aplazamiento.

Es verdad que, por pitos o por flautas, es decir, por gripe del primer actor o de la primera actriz, por dificultades de montaje—los montajes de las comedias ahora son complicadísimos—, por haber sido necesario cortar algo de lo que el autor escribió o sustituir un chiste político del país por otro chiste extranjero, el caso es que más de una vez nos ha ocurrido encontrarnos las puertas cerradas al llegar al teatro.

Esta vez, sin embargo, nadie creyó que era necesario telefonar antes de salir de casa. La obra "Siete mil gallinas y un camello", de Jesús Campos García, que ganó el premio Lope de Vega en 1974 y que debería haberse estrenado en el teatro Español antes de que éste ardiera, no sólo traía dos años de retraso, sino que llevaba ya varios días representándose para el público "de pago", a fin de que no le faltara ningún detalle ni fallara absolutamente nada el día señalado para ser juzgada por los críticos y vista por los habituales de los estrenos.

—¡Pues ahí lo tienes!... Se ve que para que no tengamos que volvernos a casa tan frustrados como otras veces... van y nos colocan un concierto. Total, una encerrona como otra cualquiera—sentenció la señora antimusical.

Sin embargo, no había que ser demasiado sa-gaz para darse cuenta de que no se trataba de un concierto como los otros. En primer lugar, al director de la orquesta le salía por entre la abertura de los faldones del "frac" algo así como un grueso cordón, o más bien una maroma. Fijándose un poco más se veía igualmente que, por entre las cortinas del fondo, se balanceaba una cuerda. Algo iba a pasar allí que no era lo corriente en las audiciones musicales. De pronto, ¡zas!... No sé cómo se hizo todo, pero el caso fue que la cuerda de las cortinas se enganchó en la maroma de los faldones del director y la figura de éste se levantó en el aire hasta desaparecer, coincidiendo con un espectro de penumbra que nos permitía ver cómo unos mozos sacaban el decorado.

Ya estábamos en pleno campo, con todo el fondo tapado por unas jaulas llenas de gallinas. No eran las siete mil del anuncio. Pero sí varias docenas de ellas. Los personajes—un marido y su mujer—iniciaron el diálogo como si antes no hubiera pasado nada.

—¡Vaya plancha!... Resulta que era de verdad el estreno. Pero ¿me quieres decir a qué venía la música y la ascensión del director de orquesta a las alturas? No entiendo nada.

—¿Tú qué vas a entender!... A ti, sacándote de esas comedias de "salón en un hotelito lujoso de los alrededores de Madrid, con puerta al jardín; señora elegante sentada en un sofá quejándose a una amiga de que su marido le es infiel, mientras una doncella y un mozo de comedor van y vienen contestando al teléfono", nunca te ha sido fácil entender nada. A ver si te convences de que el teatro moderno no se parece a aquellas "tartas" que teníamos que aguantar como postre de merienda cuando éramos novios y salíamos con tu madre por las tardes...

—¡Pero ¿por qué dices esas tonterías, que además son mentira? Cuando éramos novios mandabas tú en mí y en mi madre y jamás consen-

tiste en ir con nosotras a nada que no fueran películas de Greta Garbo, que te traía chiflado.

—Bueno, cállate ahora, que estamos molestando. Y, además, si no nos fijamos bien, no nos enteraremos de nada.

La verdad era que, cuanto más nos fijábamos, más perplejos nos íbamos quedando. Al cabo de un momento pudimos, sin embargo, establecer cierta relación entre el primer cuadro y el segundo. El director de orquesta, que había sido raptado desde lo alto, estaba ahora en un ángulo anterior del escenario, medio tirado sobre una silla. Pero nadie hablaba de él ni parecían fijarse siquiera en tal presencia. En seguida nos dimos cuenta de que no era el mismo de antes, aunque estuviera vestido igual. Era un muñeco. Un director de orquesta de mentira. ¿Serían también de mentira las gallinas? Probablemente. ¿Quién había visto nunca tantas gallinas vivas en un escenario, aunque fuese enjauladas?

—¡Son de verdad!... ¡Mira cómo picotean y beben y comen! Y se dan la vuelta dentro de las jaulas.

En efecto, aquellas gallinas hacían incluso "clo", "clo". Y se movían. Unas veces nos mostraban el pico y otras veces se daban la vuelta y les veíamos el sitio por donde ponen los huevos. Todas eran blancas y grandes. Había también gallos, a juzgar por las crestas hermosas y muy rojas que contrastaban con el blanco del plumaje. Pero eran unos gallos domesticados. Ni cantaban ni se peleaban con sus rivales. Los pobres se habían acostumbrado a la cautividad y vivían tan tranquilos. Las gallinas ponían más huevos cuando oían música de Vivaldi en un gramófono.

Reconozco que, al menos a mí—y creo que también a otros—, las gallinas nos distrajeran bastante, apartándonos a veces del argumento de la obra que se iba desarrollando y que por momentos tenía bastante gracia, mezclada con malancolía. Incluso tardamos en caer en que lo del rapto del músico podía ser un sueño del protagonista, que es un soñador incurable.

Al fin, cuando tras el desenlace pensábamos que saldría de nuevo la orquesta del principio, salió una de "rock and roll", armando un gran estrépito, con muchos cambios de luces, mucha espectacularidad, lo que provocó el entusiasmo del público, sorprendido.

La verdad es que el teatro, como género literario, no ha cambiado mucho en los últimos decenios. La prueba está en que la mayoría de los mejores autores actuales—tanto en España como fuera—eran ya famosos hace veinte o más años.

La modernidad consiste en todo lo que a una comedia puede añadirse de trucos escenográficos audiovisuales, debidos a la fantasía del director de escena o del propio autor.

En "Siete mil gallinas y un camello" las sorpresas que preceden y rematan lo que allí pasa serán sin duda muy del agrado del público juvenil, tan aficionado al ruido y a la luminotecnia. La cosa abre, además, grandes perspectivas de renovación teatral, mediante la siguiente fórmula:

"Tómese una obra cualquiera, cómica o dramática—conste que con esto no quiero decir que "Siete mil gallinas y un camello" sea una obra cualquiera, puesto que hasta tiene su simbolismo intencionado—; añádscele antes, después y en medio todo lo que al director se le ocurra, como zumbido de motor de avión, juegos de luces, aves de corral, orquestas de varias clases, etc., y sírvase todo seguido, es decir, sin el anticuado entreacto."

—¡Ahora que me acuerdo!... El camello no ha salido. ¿Por qué?

—Ya has visto que el camello simbolizaba un ideal. Además, no habría cabido por ninguna puerta ni por el pasillo del patio de butacas.